

extendido en derredor suyo por la propia victoria? Si eran vencidos, ¿qué vida le quedaba en tal caso á la República, rodeada, como la Niobe griega, de sus hijos muertos todos á sus plantas? La dictadura de Cavaignac sobrevino á consecuencia del desastre. Pero de tamaña desgracia no tenía este honradísimo soldado la culpa; tenía quien, empujando el pueblo á una revolución sin salida, generaba primero la dictadura de un republicano para traer después la dictadura de un Bonaparte, á cuyos piés cayó, herida ya desde Mayo y Junio del cuarenta y ocho, exánime la República.

Al poco tiempo de tamaña catástrofe halláronse los principales demócratas en el destierro. La Sociedad europea de aquel entonces del cuarenta y nueve y cincuenta se parecía mucho á la Sociedad que surgiera después del Imperio romano, á la muerte y extinción de la gran República en el siglo primero. Entonces, tras Catón y Bruto, á la dudosa luz de aquellos crepúsculos del viejo mundo clásico suspenso tristemente sobre su ocaso, levantóse un hombre, que parecía como el remordimiento de la Roma cesárea, levantóse Tácito, quien, de haber brotado en tiempos de la tragedia griega, en tiempos del inspirado Esquilo, usurpárale su musa trágica, pues nadie hala poseído como él, sin excepción de Shakespeare; y Tácito escribió en lengua cortada, sentenciosa, lapidaria, cual conviene á las inscripciones destinadas para las tumbas, la decadencia irremediable del mundo romano, la epopeya de la muerte del paganismo como nos escribiera Homero la epopeya de su nacimiento; y así nos ha ofrecido en sus historias y en sus anales, grabados con el hierro candente de su terrible palabra sobre la memoria universal, una época triste por su incertidumbre, pasmosa por sus vicisitudes, atroz por sus batallas, desgarrada de continuo por grandes sediciones, dura en la guerra, cruel en la paz; muchos emperadores asesinados, muchas contiendas civiles, más aún extrañas; el Occidente conmovido, el Oriente amenazador, los sarmatas conjurados contra Roma, los dacios y los bretones mal sometidos, Italia destrozada por terremotos, el mar saliéndose de su centro como si quisiera lavar de sus crímenes á la tierra, el Capitolio devorado por las llamas, suspendidas ó profanadas las litúrgicas ceremonias, las islas llenas de desterrados, los escollos teñidos de sangre, trocado el suplicio en premio de toda virtud, la delación hecha escala para todas las dignidades, los siervos levantándose contra sus amos, los amigos vendiendo á sus amigos, así como á sus padres los hijos; las magistraturas todas en

una mano, los senadores todos en el polvo, los plebeyos en el Circo, el orbe pasando de un taimado á un traidor, de un traidor á un loco, de un loco á un imbécil, de un imbécil á un pródigo, de un pródigo á un avaro, de un avaro á un epicúreo, de un epicúreo á un glotón, de un glotón á un gnóstico, de un gnóstico á un misántropo, de un misántropo á un asesino, devorados en una orgía donde se mezclan todos los sexos, se cometen todos los crímenes; el robo, el asesinato, el estupor, el incesto, el parricidio, crímenes que no tuvieran jamás un castigo, si Dios no suscitara el genio severísimo, el genio sombrío, el genio justiciero de tan grande historiador, alma única, que no se había manchado en el cieno de la lisonja, para que atormentase á los tiranos por toda una eternidad en el eterno infierno de su historia. Pues algo de lo que pasó en los primeros tiempos de la Roma imperial pasó en los tiempos de la Francia imperial. Aquella tuvo un Tácito; ésta un Víctor Hugo. El gran poeta hizo de las magníficas estancias contenidas en sus castigos, una epopeya en la cual relampagueaban cóleras celestes y abrasadores. La generación, que oía tantas grandezas, la generación joven, y por lo mismo estética, guardaba poco á poco, allá en lo más recatado y secreto de su pecho, las hieles amarguísimas segregadas de aquellos versos sublimes. Pareció inverosímil; pero fué verdad. Con la indiferencia pública por cómplice, con los gobiernos por benévolos testigos, con el aplauso de viles sicofantas, arrogándose la dignidad y el título de salvador, aclamado por una parte del pueblo y bendecido por todo el clero, un magistrado de la República perjura, roba, mata; y recibe después en premio á su criminal sublevación, mantenida en las bayonetas del ejército, sobre su cabeza, de donde huyó la conciencia, una corona de César. El pueblo francés, acordándose de que lo habían diezmado sus mismos tribunales en las jornadas de Junio, fué, si no cómplice, indiferente al golpe de Estado de Diciembre, pero indiferente regocijadísimo. Yo ignoro si veinte años más tarde, cuando se desquiciaba París, cuando sus edificios ardían, cuando sus calles, desde las aceras á los tejados, aparecían como un dédalo de batallas campales, cuando treinta mil cadáveres yacían sobre las piedras calcinadas, cuando corrían por los aires tempestuosas granizadas de plomo derretido, yo ignoro si el pueblo de París acertó á recordar que anticipadamente visiones tales pasaron en imágenes siniestras por las retinas de quien miró anheloso el horizonte de lo futuro en tantas inenarrables tristezas.

Los hombres del mundo antiguo se hubieran suicidado tras un eclipse de la justicia, como aquél; nosotros, los hombres del mundo cristiano, sentíamos el consuelo de nuestras esperanzas religiosas y la fe viva en el progreso universal. La democracia se declaró vencida, pero no resignada y conforme con su rota. Puso, desde la mañana siguiente á la noche de su infortunio, mano en la reconstitución de sus instituciones. Y comprendió desde tal hora, solemne por su melancolía, la necesidad en que se hallaba de moderarse. Para la consecución de tal indispensable fin, precisábale quitar á la doctrina su herrumbre de utopía y al procedimiento sus excesos de revolución. Abrasada por haberse aproximado mucho al ideal, como la inexperta mariposilla que se acerca mucho á la llama, debía poner entre su entidad muy tangible y las idealidades sobrado teóricas, prudentísima distancia. Idea ninguna se define, como no se plantee frente á frente de su contraria, y ningún ideal se realiza sino recortado y disminuido dentro de la necesaria limitación. Mientras no contáramos con el tiempo creador, y no viéramos en el espacio todos los medios ambientes, imposible prosperidad para nuestra democracia. Incipiente, adolece de todas las enfermedades anejas á una larga infancia, y expónese, á lo que la flor del almendro, la cual, por madrugadora, suele anticiparse á la primavera y perderse para siempre. Un dogma, que se ajusta á la realidad, como se ajusta de suyo al cuerpo el alma; que se relacione con lo real, como se relaciona la psicología con la fisiología, un dogma de segura ó fácil resolución; y un método encadenado evolutivo se imponían á la democracia en aquella crisis de su retrogradación, en aquellas bajas de sus mareas. Todos lo rezamos á una; y todos lo íbamos cumpliendo con esa especie de inconciencia natural á los grandes seres colectivos que aparecen infalibles en sus soberanos instintos. Nada de teoría utopista; y nada de revolución violenta, empezaron á exclamar todos los demócratas. A este cambio de temperamento, que debía convertir los tribunos en estadistas, contribuyó en primera línea el grupo diminutísimo de los célebres cinco republicanos franceses, cuyos ánimos no sintieron empucho ninguno en jurar el Imperio, como exigían las bárbaras leyes de tal institución, si el Imperio les dejaba un resquicio estrecho de tribuna que les permitiese difundir la idea republicana y sostener nuestra vieja tradición. Se necesita conocer la democracia, como la conocemos todos cuantos identificáramos nuestra vida con su vida, para sentir la violencia que debieron á s

mismos hacerse los demócratas jurando al perjuro emperador é inscribiendo sus nombres junto á los sicarios del Imperio. Detestados por los imperialistas, cuyo beatífico sueño interrumpían; y maldecidos por las exageraciones de los nuestros, que trastruecan la prudencia y la sabiduría políticas en traiciones, echaron sobre sus hombros una cruz pesadísima, pero la cual debía convertirse tarde ó temprano en signo y lábaro de nuestra redención.

Los dos grandes maestros de la evolución frente á la revolución, fueron Deack y Manin. Cuando uno y otro concibieran sus procederes evolutivos, parecía imposible llegar á una transacción verdadera con los que representaban la tradición y autoridad monárquicas en Austria y en Italia. El Imperio aquel aparecía como un verdugo implacable, pudiendo compararse al tirano de quien dice la Biblia que baja por las laderas de agria montaña, cubierto de sangre en sus combates, por haber pisado cabezas de pueblos. Por lo que á Italia respecta, la opinión democrática toda imputaba tras Novara el desastre definitivo á la inhábil dirección y mando de los infelices Saboyas. El ánimo no puede hoy levantarse hasta la extrañeza que causaban entonces propósitos á primera vista y consideración tan desvariados. Mas el genio político le había sugerido á Deack y el genio patriótico á Manin la resolución inquebrantable de transacciones sabias, fuera de las cuales no tenían esperanza ninguna de que resucitase la Nacionalidad húngara ni de que resucitase la Nacionalidad itálica. Cuando propuso Deack una inteligencia con los que habían llevado los rusos á Pesth y Manin una inteligencia con los que habían retrocedido ante Austria en los funestos campos de Novara, el escándalo promovido entre los patriotas magyares é italianos puede solamente compararse con el escándalo promovido entre los republicanos franceses cuando sus guías juraron á Napoleón perjuro y fueron al Parlamento esclavo. Deack tenía junto á sí la brillantísima figura de Kossuth, fascinadora como una leyenda épica, y oponiéndose á toda transacción, por contradictoria con los recuerdos guerreros dejados por él en dos años de maravillosas empresas; Manin tenía junto á sí la figura de Mazzini, que mantenía el fuego sacro de la idea republicana en sus manifiestos oraculares y el trágico procedimiento de la sistemática revolución; rodeado de carbonarios, de conjurados, de conspiradores por temperamento y por necesidad, todos ellos tan brillantes

y tan artistas, pero todos ellos tan faltos de escrúpulos, cuando pugnaban por su Italia con el puñal ó con el hacha, como los príncipes y los tribunos maquiavélicos del siglo décimo-sexto; los moderados franceses tenían junto á sí la intransigencia de hombres que representaban todo el idealismo de la revolución del cuarenta y ocho: como Víctor Hugo, la epopeya republicana; como Ledru-Rollin, el sufragio universal; como Luis Blanc, las tendencias sociales. Mas los transigentes, los que podíamos llamar evolutivos en Francia, Italia, Hungría, comprendieron dos cosas bien pronto: primera que una abstención de la política real trastrocábalos en seres de abstracción mera y simple, muy bien hallados con su religión y con su Dios, pero incapaces de mezclar á la vida real su vida y de transformar el medio ambiente contrario en atmósfera y tierra dispuestas á recibir sus grandes soluciones. Deack entendió que la Hungría separada del Austria, esa utopía, se imposibilitara en el momento de caer Kossuth; Manin comprendió que la Italia independiente y libre, por medio de la resurrección de sus repúblicas, esa utopía, también se imposibilitara en el momento de caer la República romana bajo las bombas francesas y la República véneta bajo las bombas austriacas; cual Favre y Simón y Picard, á su vez, comprendieron que la República de poesía é idealismo, la República de revolución y movimiento, la República de propensiones comunistas había también huído al golpe de Estado y no quedaba otro remedio sino pensar en la República de progreso pacífico, de orden inalterable, de conservación y gobierno, traída por un conjunto de circunstancias providenciales que ningún hombre podrá detener, ni adelantar, en fin, por tal modo arreglada y dispuesta, que reconciliase las clases medias con las clases populares, á fin de no ver la representación de la patria herida nuevamente, cual en cuarenta y ocho, por irrupciones como la horrible de Mayo y nuevamente la discordia encendida en jornadas tan terribles como las jornadas de Junio.

En parte alguna la evolución ha sucedido con ventajas tan manifiestas á la revolución como en España. Mientras tuvimos una Iglesia intolerante y exclusiva, que no permitía ninguna otra manifestación del culto religioso á su lado; una semi-absoluta Realeza rodeada por nuestro mal de burócratas artificiosos que se creían castas asiáticas; una iniquidad é infamia como la trata piratesca y negrera, que blasfemaba de Dios, proclamando tal crimen indispensable á la existencia de nuestra patria; una institución

tan maldita y perversa como la esclavitud que nos esclavizaba también á nosotros y nos ligaba con su propio férreo eslabón á la tiranía, no pudo negarse la necesidad imprescindible de aplicar á semejantes altares, lo peor del privilegio en sus últimos extremos, la pólvora y aun la dinamita. Tardó nuestro ciclo político respecto del ciclo político francés, no entramos en la evolución hasta el año setenta y tres en que sentimos como se perdían todas nuestras conquistas republicanas á los excesos revolucionarios. La política basada en una evolución gradual y lenta, política de serie verdadera y de método muy medido, se debió á mi personal iniciativa, mantenido y secundado por un corto número de correligionarios, que compensaban mucho lo escaso de su número con lo copioso de sus ideas políticas y de sus virtudes cívicas. Es una ley de la política evolucionista que se levanten contra ella los reaccionarios y los revolucionarios. Se levantan los reaccionarios porque presienten como su lentitud sabia impide retrogradaciones á las famosas que les granjearon las efímeras y tristes retrogradaciones sufridas por la Europa democrática en este nuestro siglo. Se levantan contra ella los revolucionarios, porque la evolución acrisola en sus experiencias los ideales hasta quitarles toda herrumbre de utopía, convirtiéndolos en principios prácticos, y encauza las revoluciones hasta quitarles todo ímpetu de violencia, convirtiéndolas de inundación en riego. Y como reaccionarios y revolucionarios son especies que desaparecen cuando la paz y la libertad predominan sobre la guerra, unos y otros nos aborrecen y nos calumnian. Pero, fuertes en las convicciones más robustas, hemos restablecido con el método sabio y prudente de nuestra evolución, la libertad religiosa, la libertad científica, la libertad de imprenta, la libertad de reunión, la libertad de asociación, el matrimonio civil, el jurado popular, el sufragio universal, el gobierno de la Nación por sí misma en dos Cámaras: todos los principios de la democracia sin haber derramado una gota de sangre sobre nuestra perturbadísima España. Necesitóse pólvora en el camino de la libertad para perforar las montañas y abrir los túneles; y como ahora solamente se trata de levantar los terraplenes y poner los rails, no necesitamos la pólvora y la dinamita en ninguno de los venideros trabajos.

Contemplad la Europa del primer Imperio francés, incendiada desde Cádiz hasta Moscou; la Europa del pacto entre los Reyes, del año quince,